

A LA LUMBRE DEL  
SESQUICENTENARIO

## Reflexiones sobre Venezuela y su Contorno

A la lumbre del sesquicentenario de la Independencia nos detenemos a reflexionar. Son apenas brochazos de ideas que desde hace tiempo nos bullen, si bien no han cobrado aún, como diría un escolástico, la forma de corporeidad suficiente para pasar al libro. Durante todo este año de 1960 estaremos dando sobre el mismo yunque. ¿Acaso no tiene el territorio venezolano la forma de un yunque clavado en el corazón de América? Remacharemos ideas que brillantes historiadores nuestros han expuesto ya. Quizás adelantemos algunas intuiciones inéditas. En todo caso volcaremos en la marcha sobre las páginas de SIC esto que llevamos dentro sobre Venezuela y su contorno, como modesta —y aun ingenua— contribución a la celebración del sesquicentenario de la Independencia.

### I

#### UNA PATRIA "PATHETICA"

##### La sugerencia de un inglés

En 1807 salía de las prensas de M<sup>r</sup> Millan en Covent Garden (London) un pequeño libro de viajes: "A Voyage to the Demerary..." escrito por un funcionario de Surinam llamado Henry Bollingbroke. Como dato curioso digamos que el libro iba acompañado de un mapa de la Guayana Británica. Añadamos que en ese mapa todas las plantaciones, vestigios de una presencia foránea en Guayana, aparecen extendidas entre el Esequibo y el Berbice, exceptuado el pequeño sector de tierras cultivadas comprendidas entre el Pomeroun y las bocas del Esequibo. Proyectando esta observación con luz de nuestros días, diríamos que ya el mapa compuesto por autor inglés y grabado por imprenta inglesa es un hermoso testimonio de que la Guayana Británica no se extendía más acá del Esequibo. Sirva este apunte para situar en el espacio lo que vamos a sorprender enseguida en la pequeña obra de Mister Bollingbroke.

Recordemos todavía que para esa fecha de 1807 Don Francisco de Miran-

da, ciudadano del Mundo, había leído en su primer desembarco en las costas de Coro la carta del jesuita peruano Viscardo y Guzmán: "Carta a los Españoles-Hispanoamericanos", y que habiendo fracasado en su primer intento independentista, había tornado a Europa como los demás iluminados de Hispanoamérica —nos disgusta que Mada-riaga les llame los pordioseros, "Beggars for Independence"—. En diciembre de ese mismo año de 1807 golpeaba de nuevo Miranda a las puertas de Whitehall, pidiendo la ayuda de Canning, entonces Secretario de Asuntos Exteriores. ¿Leería el libro de Bollingbroke" que ya para entonces había empezado a rodar por las calles de Londres? Si lo leyó, o crispó los puños con furia latina o soltó una carcajada ante esta ingenua sugerencia del inglés:

"Si en vez de emplear al celebrado entusiasta de la libertad, Generalísimo Miranda, para agitar a Caracas, se hubiera solicitado su conocimiento del país y sus relaciones con la gente, y dirigido a la conquista de la ribera oriental del Orinoco por un ejército regular cuya presencia y cuyos principios no suscitaran las prevenciones que despierta una guerra servil o una insurrección general de esclavos, ese trozo del país se podría haber añadido y consolidado en su ane- xión a nuestras posesiones de Guayana".

Esto escribía un inglés que por haber vivido largos años en Guayana tenía la obligación de conocer mejor a los venezolanos en visperas de independizarse. Suponía gratuitamente que un campeón de la libertad podía poner su espada al servicio de las ambiciones de Inglaterra sobre el territorio de su propia patria. Hasta cierto punto transparentaba la facilidad con que a Guayana holandesa había pasado a manos inglesas en 1796 sin que hubiera habido necesidad de disparar un tiro. Había visto con sus propios ojos cómo el 21 de abril llegaba a Demerara el pequeño escuadrón naval británico. El 22 intimaron la rendición al comandante holandés. El 23 arreglaron los términos de la capitulación y ese mismo día entró en funciones de comandante de la colonia el Tenientecoronel Hislop. Los colonos podían continuar entregados a la jugosa explotación de sus plantaciones como si nada extraño hubiera sucedido. ¿No podría nacerse lo mismo con el Orinoco? Si Miranda desembarcara al frente de una tro-

pa rubia... esas riberas del Orinoco comenzarían muy pronto a hablar inglés.

### El duelo entre el queblo y los piratas

Pero la Guayana española en visperas de ser venezolana, no era Demerara. Su gestación y desarrollo histórico, como el resto del territorio nacional, habían corrido bajo el signo de la resistencia al extranjero. Era una Patria "pathética", amasada de dolor y de heroísmo.

Pocas naciones hispanoamericanas pueden presentar una hoja de servicios de resistencia a la penetración extranjera como la de los pueblos venezolanos. Apenas era Venezuela una ensañación cuando ya Alonso de Ojeda en 1500 sorprendía a unos piratas ingleses rondando a las fauces del lago de Coquivacoa o Maracaibo. Después fué el aljófara de las perlas de Cubagua lo que comenzó a despertar los apetitos de los extranjeros especialmente de los piratas franceses. En los cortos años de existencia de la Nueva Cádiz en la isla de las perlas los piratas proyectaron su sombra trágica al menos en cuatro ocasiones: 1528, 1533, 1538, 1548. Para la última fecha la ciudad no era sino un espectro. Ni aun así la perdonaron los corsarios. Desaparecida la Nueva Cádiz, otras ciudades heredaron su espíritu y su voluntad de no entregar un palmo de tierra al extranjero. Cuando la piratería alcanzó en la segunda mitad del siglo XVI un extraordinario desarrollo en las acciones navales de los Hawkins, Lovell, Barker Drake, Sores, Bontemps, Raleigh, tantos más, nuestro territorio que entonces comenzaba en la bahía de Vicente Pinzón (hoy Brasil), estaba defendido por sólo un puñado de pueblos de bahareque. En 1573 y 1574, fechas en las que ya la piratería significa una impresionante amenaza, ese inmenso arco de costa desde el Amazonas hasta la Goajira estaba defendido por los siguientes pueblos:

La Asunción (Margarita)	con 300	habits.
Cumaná	con 200	"
Caraballeda	con 60	"
Caracas	con 300	"
Río Hacha (Goajira)	con 300	"

Aún tenemos que añadir la vieja ciudad de Coro cuya población para esa época nos es desconocida, y Maracaibo que por haber sido fundada en 1574 poca resistencia podía ofrecer a los pi-

ratas. Muy al finalizar el siglo XVI el arco de pueblos se completó en su extremo oriental con San Cristóbal de Cumanagotos (en el sitio de la actual Barcelona), San José de Oruña (Trinidad) y Santo Tomé de Guayana, junto al Orinoco a dos leguas de la desembocadura del Caroní. Este fué el puñado de pueblos que heredó de la Nueva Cádiz de Cubagua, nuestra ciudad primordial, la misión de defender el territorio desde el Amazonas hasta la Goajira, la Venezuela grande de nuestros mayores, y no esta chiquita que nos ha quedado, mordida por los cuatro costados. ¿Hemos reflexionado alguna vez sobre el derroche de heroísmo que tuvo que desplegar aquel puñado de pueblos a lo largo del siglo XVI? En todo ese siglo ni un palmo de tierra cayó en forma permanente en poder de los extranjeros. Asaltaron y destruyeron casas, bohíos y pesquerías; robaron barcos y canoas; desvalijaron cajas reales y tesoros familiares. De ahí no pasaron. El cabildo margariteño de 1587 observaba con gran acierto el hecho fundamental de esta lucha entre las potencias extranjeras encarnadas en sus piratas y nuestros pueblos: "en tierra, gloria a Dios que es el que lo ha hecho, siempre han dejado muchos cuerpos muertos sin conseguir ninguna bitoria". Las victorias de los piratas fueron parciales. El triunfo definitivo correspondió a nuestros pueblos que mantuvieron incólume la integridad del territorio durante todo un siglo de feroces forcejeos entre la fuerza naval de los corsarios y nuestros pequeños ejércitos de tierra, improvisados cada vez que asomaban las velas enemigas.

A mi juicio este duelo entre nuestros pueblos y los piratas no tiene parangón en la Historia. La voluntad de pervivencia que demostraron volviendo a levantar una y otra vez los muros de los hogares, restaurando los sembrados, rehaciendo los hatos, reconstruyendo la vida municipal, no se encuentra en ningún otro pueblo.

Para valorar esta capacidad de resistencia, hemos de tener presente no sólo que bajo pomposos nombres como "la muy ilustre y muy leal ciudad" se ocultaban realidades muy modestas en cifras de población, sino también su debilidad en recursos defensivos. Si una ciudad tan importante como la Habana no contaba en 1580 sino con 6 piezas de artillería y una dotación de 50 soldados, ¿cuál no sería la situación de nuestros modestos pueblos venezo-

lanos? En el siglo XVI ninguno de ellos contaba con otras defensas que muros de tapias. Las imponentes fortalezas de piedra que conocemos datan de los siglos XVII y XVIII. Ninguno de los pueblos contaba con una dotación de soldados profesionales. Los pequeños cuerpos de tropa se improvisaban cada vez que asomaban las velas enemigas. Para toda la isla Margarita no disponía su Gobernador Don Pedro de Salazar en 1595 sino de 90 hombres, protegidos por "dos piecezuelas de artillería" que originalmente habían sido destinadas a otra parte. Con todo observaba que sería capaz de defender la isla si no tuviera tantos puertos que cubrir. De ahí que pidiera la creación de una plaza de armas con 50 soldados, la mitad para la defensa de la isla y la otra mitad para la guardia de las pesquerías, pues los vecinos por tener que acudir tantas veces a defender la isla, abandonaban su labranzas y pesquerías. Lo mismo observa pocos años más tarde el gobernador de Cumaná, Don Diego Suárez de Amaya, quien dice de los 60 vecinos de la ciudad que "andan ordinariamente en sentinela y con las armas al hombro, y no pueden acudir ni acuden a sus labranzas". Algo semejante sucedía en los demás pueblos. En el siglo XVII no se alivió la situación, antes se empeoró con la incorporación a la piratería de los marineros holandeses. Aun en 1709 se pregonan bandos en las ciudades y pueblos próximos a Cumaná para que corran a defenderla ya que no eran suficientes sus defensas en hombres de armas.

La defensa del territorio no lo hicieron sólo individualidades egregias como aquel Alonso Andrea de Ledesma que gracias a Don Mario Briceño Iragorri se ha convertido en símbolo nacional. Derroche de heroísmo, como el de este caraqueño, hicieron otros héroes anónimos como aquel margariteño que en 1593, al decir del cura de la Asunción, "temerariamente se metió en el escuadrón (corsario) y lo mataron". Pero más que con heroísmos individuales, esta patria "pathética" se forjó en la resistencia social de los pueblos, con sus autoridades a la cabeza, dándose muy pocos casos de traidores que se pasaron a las banderas enemigas, lo que revela una extraordinaria salud moral de aquellas sociedades exiguas.

Quizás habremos de alzar como símbolo nacional no tanto la figura de Alonso Andrea de Ledesma enfrentán-

dose solo al escuadrón de Amias Preston, como la estampa de los vecinos de Cumaná quienes armados algunos de mosquetes, otros de cuchillos, los más de pullas y cactus del monte, rechazaron a los soldados de Sir Walter Raleigh en 1595 hasta el mar, y allí con el agua hasta el pecho los remataron a palos.

Si en el siglo XVII lograron los extranjeros recortar algunos trozos de nuestro territorio —Curazao y la costa guayanesa en el siglo XVII y Trinidad en 1797— aunque no dejaron de ser lamentables desgarraduras de un territorio que se había mantenido inviolado, en realidad representan conquistas muy magras para tres siglos de incesantes forcejeos de las potencias por levantar sus imperios a costa de nuestro territorio.

#### La ejemplaridad de Santo Tomé de Guayana

En esta lucha entre nuestros pueblos y los corsarios extranjeros el caso de Santo Tomé de Guayana, más tarde llamada Angostura y hoy Ciudad Bolívar, se presenta como un fenómeno interesantísimo a la consideración de nuestros sociólogos. Fundada en 1595, la ciudad levantada para la defensa del Orinoco y para servir de ballesta para lanzar las expediciones al descubrimiento del Dorado, se hallaba tan incomunicada del resto de las ciudades de la actual Venezuela, que los refuerzos le tenían que llegar principalmente desde Bogotá bajando por el Casanare y el Meta a caer en el Orinoco.

Por esta soledad que padecía Santo Tomé de Guayana, se comprende que fuera fácil sorprenderla con un ataque repentino y aun destruirla completamente. En realidad, si bien la llamamos ciudad, era una modesta aldea que en pleno siglo XVIII —más exactamente en 1720— apenas alcanzaba a tener de 20 a 25 casas pajizas. En 1662 escribía Don Pedro de Viedma que la ciudad no tenía sino 140 habitantes de los cuales sólo 100 podían empuñar las armas. En esas circunstancias, esta ciudad perdida en el silencio de las selvas del Orinoco resultó hasta cierto punto fácil presa de los piratas. En efecto los ataques y destrucciones de la ciudad se sucedieron sin darle el reposo necesario para su desarrollo: En 1617 la incendiaron los ingleses bajo el mando del Capitán Keymis despatchado a ese efecto por Sir Walter

Raleigh; en 1629 la tomaron los holandeses comandados por el Almirante Adriaen Janszoon Pater; en 1637 volvieron los holandeses a apoderarse de la ciudad esta vez mandados por Aert A. Groenwegen. Después de medio siglo de sosiego, Santo Tome fué capturada con su gobernador, guarnición y artillería por una fuerza francesa, y por último en 1740 fué asaltada e incendiada por los ingleses.

Sin embargo de estos desastres, la ciudad, con extraordinaria voluntad de vivir, volvió a rehacerse una y otra vez, cambiando repetidas veces de emplazamiento, pero sin dejar de vigilar la peligrosa arteria fluvial del Orinoco. Su voluntad de vivir fué superior al interés que mostraron los extranjeros por dominar el gran río que comunica prácticamente todo el Norte del continente suramericano. A los franceses, ingleses y holandeses les resultaba fácil destruir el pueblo y asentar su planta sobre el Orinoco. Pero ¿qué sucedía después? Que les era imposible mantener las posiciones conquistadas, ya que de todas parte confluían los refuerzos. Tardaban en llegar largos meses, pero el hecho es que los extranjeros sabían muy bien que al fin llegaban, desde Bogotá, desde Cumaná, desde Caracas, atravesando los llanos occidentales y centrales. Si en enero de 1617 la capturaron los ingleses de Keymis, los refuerzos de Bogotá conducidos por Diego Martín de Baena no le llegaron hasta agosto del año siguiente. Asimismo, capturada en 1637, no vino a ser auxiliada desde Bogotá hasta 1639 por la expedición conducida por Diego Ruiz de Maldonado. Las expediciones de auxilio tardaban pero al fin llegaban. Santo Tomé no estaba tan sola como a primera vista podría parecer, porque formaba parte de una inmensa unidad política que se estremecía cada vez que alguna de sus partes sufría el ataque sorpresivo de los enemigos.

Esta intercomunicación entre las partes que se activaba en los momentos de peligro o de tragedia, iba despertando la conciencia de la unidad, y ésta a su vez contribuía a impermeabilizar a nuestros pueblos contra las posibles infiltraciones extranjeras. La Corona, por su parte, era consciente de la importancia que para la defensa del territorio común tenían las buenas relaciones entre los gobernadores vecinos. Recomendaciones como la conte-

nida en una Real Cédula despachada en San Lorenzo (El Escorial) al Gobernador de Cumaná el 17 de septiembre de 1597, contribuían a alimentar la llamada de la unidad política frente a las apetencias extranjeras: "Os encargo y mando —decía el Rey— que con muy particular cuidado acudáis y socorráis a los dichos Gobernadores (de las provincias vecinas) en tiempo de necesidad con las cosas susodichas, teniendo, siempre muy buena correspondencia con ellos y ayudándoos los unos a los otros, pues importa tanto a la conservación y defensa de la tierra que cada uno tiene a su cargo que en ello me tendré de Vos servido".

La unidad afectiva entre los pueblos más distanciados físicamente, la unidad efectiva que se forjaba con el ir y venir de las expediciones de auxilio que iban dejando en una y otra parte raíces de los que después de conjurado el peligro se quedaban definitivamente, es quizás el fenómeno hispanoamericano más importante anterior a la Independencia. La unidad se consolidaba en la lucha contra los extranjeros, cobrando un mercado acento religioso, por ser los piratas de origen protestante. Así conviene recordar que la profanación cometida en 1538 por los piratas franceses en la Habana donde al decir de una fuente contemporánea "se fueron a la Iglesia e le quitaron las campanas e llevaron los ornamentos que había e a una imagen de bulto de Sant Pedro que allí estaba le colgaron a la puerta de un buhío e le tiraron con naranjas y fizieron otros oprobios, por cierto de malos cristianos", se repitieron una y mil veces en los asaltos a nuestros pueblos. No es de extrañarse el cariz anti-católico de la lucha corsaria. Los piratas franceses procedían en su mayoría de los centros hugonotes de la costa atlántica, y principalmente de La Rochelle. A éstos se añadieron después del triunfo del protestantismo en Inglaterra y los Países Bajos, los corsarios ingleses y holandeses. Nuestros pueblos, con esa su característica tendencia a la síntesis, haciendo caso omiso de la división del protestantismo en sectas, los tildaba a todos por igual de "herejes luteranos". De ahí que al defender el territorio contra los intentos de penetración extranjera, nuestros pueblos se afirmaban en su conciencia católica y ésta a su vez contribuía a dar firmeza al sentimiento nacional.

### Católicos irlandeses para la conquista de Guayana

Este fenómeno no escapó a la observación de los funcionarios y políticos ingleses quienes en visperas de nuestra gesta emancipadora aspiraban a incorporar buenos trozos de nuestro territorio a la Guayana Británica. El propio Bollingbroke, no deja de apuntar que el mayor obstáculo para la incorporación de la hoya del Orinoco a la Guayana Británica radicaba en la conciencia católica de nuestros pueblos. Y después de tildar esa conciencia católica de "prejuicios contra la religión de los ingleses", y señalar que la persecución desatada por el protestantismo inglés contra los católicos irlandeses contribuía a predisponer los ánimos de nuestras provincias contra Inglaterra, termina sugiriendo:

"El dar una curul por vía de ostentación en la Cámara de los Lores a un Arzobispo Católico, especie de papa doméstico, y el empleo de algunos misioneros irlandeses en visitas a Guayana, son los indispensables pasos previos para lograr la entera confianza del partido eclesiástico en las colonias españolas de allí.

Preferentemente deberían ser enviados entre los españoles regi-

mientos irlandeses con visible acompañamiento de capellanes católicos".

El proyecto de utilizar a los católicos irlandeses para evitar las prevenções que nuestros pueblos mantenían contra el protestantismo inglés, y de esa forma lograr más fácilmente su anexión a la Corona Británica, no fué exclusivo de este oscuro funcionario de Surinam. Como veremos en otro artículo, llegó a calentar los cerebros empujados del gobierno metropolitano. Pero baste por el momento para apreciar cómo la conciencia católica consolidada en la lucha tenaz por la defensa del territorio contra los apetitos de las potencias extranjeras, vertebó a nuestra nacionalidad e impidió que el momento crítico de principios del siglo XIX se resolviera por la Independencia y no por el traspaso de manos españolas a las de Inglaterra. Cuando Bollingbroke sugería la utilización de Miranda para ensanchar la Guayana Británica hasta el Orinoco, no sólo demostraba su desconocimiento de la auténtica personalidad del Precursor, sino también una imperdonable ignorancia de que nuestra patria se había formado "pathéticamente" en lucha por la defensa de un territorio y de un credo.

PABLO OJER, S. J.

## A V I S O

### A NUESTROS SUSCRIPTORES:

Después de once años, en que hemos mantenido el mismo precio de suscripción, nos vemos obligados a subir ligeramente el precio.

EN ADELANTE:

Suscripción anual Bs. 15

Extranjero Bs. 18

Número suelto Bs. 1,50